

SOL.—¿No tendría razón, Padre Muñíos? Si le cerraban todas las puertas, si la acosaban en todos los caminos ¿no tendría razón para echar campo a traviesa?

P. MUIÑOS.—No sé, no sé... Soy muy poco yo para resolver un caso tan grande...

ESPERANZA.—¿Pero tú oyes, Tirso?

TIRSO.—¡Desdícete, desdícete! Sol de San Payo, la Marquesa de Montrove, la sobrina carnal de Su Eminencia el Prelado de Campanela, no puede decir en sano juicio esas blasfemias.

SOL.—¿Tan criminal soy, por tener compasión de una infeliz?

ESPERANZA.—No es la compasión...

SOL.—Si os molesta, pongamos que no lo dije y que no lo volveré a decir jamás.

TIRSO.—Así, así...

SOL.—Pero pongamos también que lo pienso y que lo seguiré pensando.

ESPERANZA.—¡No, no!

TIRSO.—¡Vamos a peor! ¡Desdícete!

ESCENA XIII

DICHOS y PACA, por la izquierda.

PACA.—Señorita, lloran los niños...

SOL.—Voy a consolarlos.

TIRSO.—(Deteniéndola.)—¡Desdícete, desdícete!

SOL.—Esto es más urgente, padre...

(Y sonriendo se desase de don Tirso y mutis por la izquierda, seguida de la criada, casi brincando.)

P. MUIÑOS.—Bienaventurados los que lloran, cuando tienen quien los consuele...

ESCENA XIV

DICHOS, menos SOL y PACA

ACISCLO.—Esto es una ráfaga de exaltación, de nerviosidad; pero ella no piensa así, no. ¿Contra la santidad de las leyes? No, no.

TIRSO.—Los nervios, sí, señor; evidentemente.

ESPERANZA.—El diablo anda en la casa, Tirso...

TIRSO.—Evidentemente...

ESPERANZA.—Pídele a Su Eminencia alguna reliquia y celebremos una solemnísimas función de desagravio...

TIRSO.—Muy bien, me parece muy bien. Lo extraño, Antonio, es que tú no hayas intervenido para hacerla entrar en razón.

32838

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1225 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MARQUÉS.—Yo pienso como ella, don Tirso...

TIRSO.—¿Tú también? Mañana hay que confesar, Esperanza. Evidentemente, estamos en pecado mortal... ¡Evidentementel

ESCENA XV

DICHOS: DON ANTERO y MARCELO, por el foro.

ANTERO.—¿Se puede?

ESPERANZA.—Señor Doctoral...

ANTERO.—(*Hábitos de seda, palabras de seda, y mirada de acero.*)—Mi señora doña Esperanza...

ESPERANZA.—¿Es el hermano? ¿El Cónsul?
(*Saludando.*)

ANTERO.—Viene a pasar unos meses conmigo, después de quince años de ausencia.—(*Presentándole.*)—Don Tirso... el Marqués de Montrove...

MARCELO.—¡Antonio!

MARQUÉS.—¡Marcelo!

(*Se abrazan.*)

ANTERO.—No me dijiste que lo conocieras.

MARCELO.—Al Marqués de Montrove, no.

MARQUÉS.—Herédé el título de mi tío Gaspar.

MARCELO.—Pero a Antonio Vilson, muchísimo. Fuimos condiscípulos en Granada y luego en América, camaradas e íntimos amigos.

TIRSO.—El señor Presidente de la Audiencia... Mi sobrino Alvaro... El Padre Muiños...

ANTERO.—Desde hoy, un amigo nuestro. Hasta hoy...

P. MUIÑOS.—¿Hasta hoy, señor Doctoral?

ANTERO.—No quiso usted serlo.

P. MUIÑOS.—No supe...

ESCENA XVI

DICHOS y PRIMITIVA, por el foro.

PRIMITIVA.—Señora... ¡ay, señoral

ESPERANZA.—¿Qué te pasa?

PRIMITIVA.—¡Ay qué espanto! Yo no quería ir, pero me mandó doña Santa y fui por obediencia. ¡Bien castigada vengo, por andar sola de noche.

ESPERANZA.—¿Qué fué, mujer?

PRIMITIVA.—Al pasar por las Animas... ¡ay, qué espanto!

MARCELO.—¿Qué es lo de las Animas?

ANTERO.—Una parroquial y antiguamente cementerio.

TIRSO.—¿Qué fué? Acaba.

PRIMITIVA.—Pues le ví que bailaban unas luces en el atrio. Cerré los ojos... recé de firme...

y pude pasar sin que me hicieran daño los difuntinos.

ANTERO.—Eso no fué mucho, Primitiva.

PRIMITIVA.—Aguarde, aguarde; que el horror viene ahora. Iba ya casi confiada y al revolver la esquina de la rúa, mismo donde está la botica de don Anselmo, que dicen que se la traspasa a un sobrino, a uno rubio que tiene junto de él hace dos años...

ESPERANZA.—Bueno, bueno... anda al horror.

PRIMITIVA.—Verá. Por allí iba, como le dije... ¡y de pronto me quedé más muerta que vival ¡Oí que tocaban la campana pequeña de San Miguel!

ANTERO.—No puede ser. Esta noche las campanas de Campanela dormirán silenciosas.

PRIMITIVA.—Ya lo sé. ¡Por eso le digo que me quedé más muerta que vival!

ESPERANZA.—Soñaste...

PRIMITIVA.—¡Ay no, señora; que me pellizqué y todo, por si era cosa de sueños!

ANTERO.—Delirios tuyos.

PRIMITIVA.—Aguarde, aguarde. Como el sonido era clarísimo, entré muy decidida a preguntarle a Roque, el campanero, y me dijo: «No, señora, doña Primitiva»—ya sabe que es muy fi-

no, que es de Cambados—«no, señora, doña Primitiva; hasta mañana, a las siete, no subiré a la torre, para la primera misa.»—¿Y no hay nadie en el campanario?—«No, señora, ¿qué ha de haber?»—¿Y usted no oyó tocar?—«No, señora; ya sabe que cuando voltea sola, es que San Miguel se lo permite al demonio y entonces, no la pueden oír más que las personas para quienes va la desgracia; para los demás oídos, no suena.»

ANTERO.—Muy supersticiosa eres.

PRIMITIVA.—Déjese de burlas, señor Doctoral. ¿No la oyeron, doña Esperanza?

ESPERANZA.—No, mujer.

PRIMITIVA.—¿Nadie de la casa?

TIRSO.—Nadie.

PRIMITIVA.—¿Y más entonces, será la señal para mí? ¡Ay, Dios! Bueno, después de todo, más vale que no sea por ustedes; que yo anduve ya lo que había de andar... y conmigo, no se pierde nada en este mundo.—(Afligiéndose.)—Y sé que ustedes han de rezarme.

MARQUÉS.—Vamos, no seas boba...

PRIMITIVA.—No lo seré, no, señor; pero récenme, récenme...

ESPERANZA.—(Abrazándola.)—No pases miedo, Primitiva...

PRIMITIVA.—¿Me le dejan poner una veliña a la Dolorosa?

ESPERANZA.—Sí, todas las que quieras...

PRIMITIVA.—Y récenme, récenme... ¿Me lo juran?...

ESPERANZA.—Sí, sí...

(Se la lleva por la derecha.)

ESCENA XVII

DICHOS, MENOS ESPERANZA y PRIMITIVA; luego PACA, por la izquierda; después SOL, por la izquierda.

ANTERO.—Es gana de intranquilizarse con un dolor imaginario.

P. MUIÑOS.—¿Usted no cree en aparecidos ni en trasgos?...

ANTERO.—No, señor. ¿Y usted?...

P. MUIÑOS.—Yo tampoco; pero creo en los que creen... y tengo lástima por ellos.

ANTERO.—Cuidese de lo suyo, Padre Muños.

P. MUIÑOS.—Ya empiezo a cuidarme sólo de lo mio... pero eso no se aprende en un día. Dispéñseme...

PACA.—¡Ya está ahí el coche del señor Cardenal!

TIRSO.—Pues avisa.

(Mutis Paca por la derecha; por

la izquierda, todos, menos el Padre Muños.)

SOL.—El Arzobispo.

P. MUIÑOS.—(Inclinándose.)—Su Eminencia...

SOL.—No tiemble, Padre Muños; ya verá usted como es muy amable.

P. MUIÑOS.—No lo dudo. Y ahora estoy reposado de espíritu... Es mi superior, de su voz depende mi vida; pero aunque fuera el mismo dragón infernal que San Jorge aniquiló, yo no temblaría con el Angel a mi lado.

SOL.—¡No exagere tanto, que eso no está bien!

ESCENA XVIII

DICHOS: SANTA, URSULA, TADEA, MARIQUÍÑA, PILUCA y ESPERANZA, por la derecha. Luego por el foro el CARDENAL seguido de su familiar y los demás que salieron a recibirle.

ESPERANZA.—¿Es el Cardenal?

SOL.—Sí, mamá.

CARDENAL.—(Entrando.)—Buenas noches nos dé Dios...

ESPERANZA.—Buenas noches, primo y señor Cardenal.

(Le besa el anillo.)

CARDENAL.—(*Dando a besar el anillo a Sol.*)
—¿Y tus pequeños, Sol?

SOL.—Duermen ya.

(*Las demás mujeres también se acercan a besar el anillo, arrodillándose Ursula y Tadea, a quienes alza el mismo Cardenal. Mientras dice él.*)

CARDENAL.—Para complacer tu piadoso capricho de que yo os bendiga antes de ir a una profana diversión, aquí me tienes, prima doña Esperanza de Espiñeira, cruzando las calles en las altas horas de la noche.

ACISCLO.—Son poco más de las once...

CARDENAL.—Todo es relativo, señor Presidente, y en mis costumbres, esto pasa por excepcional. Pero no quise negarme: primero, por la razón de parentesco, y segundo, por calmar ese escrúpulo de vuestra conciencia, y porque el venir a esta morada, que Dios protege con especial delectación, es honrarme siempre.

TIRSO.—Y añadir honra a la nuestra.

SOL.—Tío Alfonso...

CARDENAL.—¿Qué quieres, hija?

SOL.—Presentarle al Padre Muiños...

CARDENAL.—Ya os he dicho que sí...

P. MUIÑOS.—(*A quien Sol trae desde el rincón en que humildemente se ha quedado, y rodilla en tierra.*)—Eminentísimo Señor...

CARDENAL.—Conozco su arrepentimiento y sus propósitos de enmienda. Si están en su corazón, yo le perdono de buena voluntad y me cuidaré de que no le falte el auxilio material. Alce, Padre Muiños.

P. MUIÑOS.—(*Besando el anillo.*)—Eminentísimo Señor...

CARDENAL.—Vaya mañana a Palacio.

SOL.—¡Muchas gracias!

CARDENAL.—Y preparaos vosotras, que yo deseo recogerme pronto.

MARQUÉS.—Vamos...

SOL.—Vamos.

Mutis, por la derecha el Marqués, Sol, Santa y las demás mujeres, menos Esperanza.

ESCENA XIX

DICHOS, menos los citados en el mutis.

ALVARO.—¡Enhorabuena, Padre!

P. MUIÑOS.—Pero yo he debido decir algo, disculparme siquiera...

ALVARO.—No, no; se entenderán mejor siempre, no diciendo usted nada.

ESPERANZA.—Siéntate. ¿Quieres un chocolate muy claro? ¿Un dulce?...

CARDENAL.—No...

TIRSO.—¿Una copita de tostado?

CARDENAL.—No, nada. Sentáos vosotros.

(Se sientan únicamente el Cardenal y Esperanza.)

ESPERANZA.—Ahora, cuando les digas unas palabras, como tú sabes decirlas, te agradeceré que hagas una alusión a la conveniencia de moderar ciertas expresiones.

CARDENAL.—¿A quién?

ESPERANZA.—A Sol.

CARDENAL.—¿Y eso?

TIRSO.—Tengo la convicción de que ella misma, no ha medido el alcance de sus palabras; pero no está bien, ni aun inconscientemente, que ampare rebeldías y que discuta leyes...

ESPERANZA.—Llegó a sostener que ella, en el caso de la pobre Santa, no se conformaría eternamente a someterse...

ACISCLO.—Una aberración momentánea de Sol, señor Cardenal.

ALVARO.—¡Una caridad para Santa, señor Cardenal!

ESPERANZA.—¿Qué opinas tú?...

CARDENAL.—*(Que ha mirado a unos y a otros fijamente.)*—Que es una desdicha...

ESPERANZA.—¿El que hable así, verdad?

CARDENAL.—Sí... esa es otra desdicha. Y yo reprenderé a tu hija, porque no es ella la llamada a dar consejos tan graves y tan difíciles.

ANTERO.—Creo, como vuestra Eminencia, que el caso es muy arduo y aquí, en el ambiente de Campanela, muy peligroso para discutido.

MARCELO.—Aquí, es muy posible que sea un problema; por el mundo, no lo es tanto, que hay otras leyes más benignas que las nuestras.

CARDENAL.—Quizás... pero estamos aquí, en Campanela.

(Entra por la derecha Primitiva y coloca, encendida, la vela rizada al pie del crucero de la mesa.)

MARCELO.—Y a ninguno de nosotros nos puede extrañar que el Marqués de Montrove tenga las ideas más amplias.

ANTERO.—Sí, ya sabemos que el Marqués estuvo por América.

MARCELO.—Estuvo, aún no es el término exacto; vivió allí, allí se casó la primera vez.

TIRSO.—¿Que se casó?

ESPERANZA.—¿Quién?

DOCTORAL.—¿Antonio?

MARCELO.—Yo los visitaba mucho; pero a ella dejé de tratarla, cuando se divorciaron, y no quise hacer amistades con el nuevo marido.

CARDENAL.—Pero usted ¿de quién habla, señor Cónsul?

MARCELO.—De Antonio, señor Cardenal.

ESPERANZA.—¡No puede ser!

TIRSO.—Está usted equivocado.

ANTERO.—(*Cogiéndolo para prevenirlo más.*)

—Tienes que estar equivocado.

CARDENAL.—Confunde usted la persona.

MARCELO.—La persona no...

TIRSO.—¡Pero esto es absurdo! Ahora mismo le convenceremos a usted.—(*Llamando.*)—¡Soll

ESPERANZA.—¡Soll!

MARCELO.—Estaré equivocado, sí... Ya no insisto.

TIRSO.—Ahora insistimos nosotros. ¡Soll! ¡Soll!

ESPERANZA.—(*Cogiéndose a Tirso, inquieta.*)

—No puede ser, ¿verdad?

TIRSO.—¡Claro que no puede ser!

MARCELO.—Pero aun siendo, no veo qué gravedad ni qué conflicto...

ANTERO.—(*Severo.*)—¡No sabes lo que dices!

ALVARO.—(*Al Padre Muiños.*)—¿Será cierto?

P. MUIÑOS.—Y el mismo sol llegará al ocaso y creerán los hombres que no ha de brillar más.

TIRSO.—¡Soll!

ESCENA XXI

DICHOS: SOL y SANTA, con el capuchón y el antifaz puesto.

SOL.—¡Ya estamos, ya estamos!

TIRSO.—¡Quítate ese antifaz! ¡Pronto! ¡Pronto!

SOL.—(*Quitándose.*)—¿Qué pasa?

TIRSO.—¡Quítate el dominó y acabe la mascarada! ¡Pronto! ¡Pronto!

SOL.—(*Se lo quita, dejándolo caer a sus pies.*)

—¿Pero qué pasa, padre?...

CARDENAL.—Sol de San Payo, tú sabías que Antonio fuera casado?

SOL.—¿Cómo casado?

CARDENAL.—Antes de acercarse a tí.

SOL.—(*Riendo y poniéndose el antifaz.*)—¿Es una broma?

TIRSO.—¡Quítatelo! ¡Quítatelo!

SOL.—(*Quitándose.*)—¿Pero qué decís, que no os entiendo?

CARDENAL.—Que Antonio se divorció de otra.

SOL.—¿Antonio?—(*No comprendiendo aún. Con angustia.*)—¿Antonio?—(*Violenta contra ellos.*)—¡Mentira vuestra!—(*Llamando.*)—¡Antoníol ¡Antoníol

TIRSO.—¡Antoníol

ESCENA XXII

DICHOS: ANTONIO, con el gabán y el sombrero puesto, trae del brazo a PILUCA y a MARIQUINA, disfrazadas; detrás, sin disfrazar, URSULA y TADEA.

MARQUÉS.—Aquí estoy.

SOL.—¡Diles que mienten!

MARQUÉS.—¿En qué?

SOL.—¡Primero diles que mienten! ¡Díselo, díselo!

MARQUÉS.—¿Pero en qué?

SOL.—En que estuviste ya casado.

MARQUÉS.—No mienten.

SOL.—¿Que no mienten? ¿Es verdad?

MARQUÉS.—Es verdad.

SOL.—¡Antoníol ¡Anto...!

(*Le falta la voz y cae en brazos*

de Santa y de Tirso; las mujeres dejan el brazo del Marqués y se quitan los antifaces: el Marqués se descubre y permanece inmóvil.)

Pausa. Se oye la campana lejana y queda.)

P. MUIÑOS.—¡Por si muere, bendígala, señor!

MARQUÉS.—¡Por si vive, bendígala más aún, señor!

PRIMITIVA.—¿Oyen? ¿Oyen? ¡El diablo voltea en San Miguell! ¡La desgracia está en la casa! ¡Recen! ¡Recen!

CARDENAL.—(*Bendiciendo a Sol.*)—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

PRIMITIVA.—¡Por la pobriña mal casada! ¡Recen, recen!

(*Arrodillada al pie del crucero.*)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO